



na. El maestro y sus cuatro alumnos siguieron escalando la montaña, pero de nuevo volvieron los problemas. Cerca de un montículo rodeado de grandes árboles, tres corpulentos leñadores, armados con sierras eléctricas, se preparaban para talar los árboles. En las orejas, los hombres tenían puestos unos audífonos por los cuales escuchaban la música de los radios que tenían en la cintura. Esto lo hacían con el propósito de no escuchar el ruido ensordecedor de las sierras. Tan pronto las sierras hicieron contacto con los árboles y los arbustos se escucharon los gritos y los quejidos de las plantas suplicando misericordia.

El primero en reaccionar ante semejante espectáculo fue el pedagogo.

—¡Tenemos que movernos rápido antes de que esos bandidos acaben con la montaña! —exclamó el viejo maestro con voz pausada.

—Pero profesor, estos hombres son codiciosos y tienen cara de malos. Temo que nos puedan hacer daño —afirmó Renato, el ratón.

—Mira, pequeño —dijo el maestro— el temor es el enemigo más perjudicial que tiene el hombre, ya que no lo deja obrar con inteligencia y le hace tomar decisiones desesperadas de las que luego se arrepiente. Todo lo que nace del temor muere en el temor. Así que cálmate y pensemos con ecuanimidad en alguna estrategia.

El maestro y los discípulos idearon una táctica para impedir a los leñadores llevar a cabo el malvado plan. Una vez que estuvieron de acuerdo con la estrategia, se desplazaron con sigilo hasta donde los hombres cortaban los maderos. Susana, la ardilla, y Juan David, el topo, se encargaron de trozar con sus poderosos dientes, los cables que llevaban la corriente a las sierras. En el otro extremo del terreno, Renato, el ratón, con sus dienteillos de agujas, perforó las canecas de plástico que guardaban agua, gasolina y café caliente. Simultáneamente a estas acciones, Pedro Elías, el búho, se dedicó a picar las cabezas a los aturdidos leñadores que no entendían lo que sucedía a su alrededor. Cuando se quitaron los audífonos escucharon la algazara de los animales de la montaña que se habían unido para ayudar a sus amigos.

—¡Largo de aquí!... ¡Fuera!... ¡No los queremos!... ¡Llévense su codicia para la ciudad!...

Los aterrorizados leñadores, al darse cuenta que la montaña estaba encantada, salieron corriendo monte abajo como almas que lleva el diablo.

Los alumnos y los animales de la montaña que habían participado en la batalla rodearon al viejo maestro en señal de gratitud por haber comandado las acciones. El pedagogo tomó la palabra y habló.

—Esta montaña y todas las montañas que se elevan sobre la tierra representan la majestuosidad del Creador. Es una pena que el hombre,

que ha enfermado de codicia, las destruya. No hay peor enfermedad que la codicia ni virtud más grande que la compasión con los seres indefensos. La codicia es la madre de todos los males que azotan este mundo. Con la deforestación y los incendios, el hombre destruye la vegetación, elemento protector de los suelos y estabilizador del clima. Además, la deforestación y la tala de árboles despoja a la fauna de sus nichos y hábitats. La reducción de las fuentes de agua que hoy se presentan en muchos lugares del mundo es consecuencia de este desequilibrio que desestabiliza las laderas con derrumbes y deslizamientos que arrasan las viviendas causando pérdidas económicas y de vidas humanas. Por todo esto, queridos alumnos, ustedes nunca deben destruir la vegetación.

—Profesor, lo que usted dice es verdad. Pero la pregunta que uno se hace es: ¿No existe una solución a ese problema que proyecta un futuro ecológico tan catastrófico? —indagó Susana, la ardilla de cola blanca.

—La solución es a largo plazo y tiene que ver con la educación. Ya que los decretos del gobierno son medidas de fuerza que la gente no cumple. Si a los niños, desde los primeros años escolares, se les enseña a amar a la naturaleza como una oración permanente al Creador, cuando sean mayores con seguridad la van a cuidar. Ahora, nadie aprende a querer a la naturaleza calcando mapas, ríos, animales y vegetales. ¡Eso es absurdo! Es como pretender quitarse un dolor de estómago echándose colirio en los ojos...

Al escuchar esto último, los chicos se pusieron a reír, o mejor dicho, a producir ruidos que el profesor supuso que eran risas. Al momento continuó con la explicación.

—Los colegios deben programar, con frecuencia, excursiones a las montañas, a los ríos, a los bosques, a los campos, para que los escolares tengan un contacto directo con la naturaleza. Es a través de la relación que uno aprende a querer. Cuando hay amor hay respeto y considera-

ción. La ausencia de amor da nacimiento al odio y a la codicia —finalizó diciendo el veterano pedagogo.

Después de las motivadoras palabras, los animales de la montaña volvieron a sus madrigueras y el profesor reanudó la marcha con sus alumnos.

Ascendieron en columna observando la exuberante y olorosa vegetación que a cada paso se tornaba maravillosa.

Entonces llegaron a un lugar en donde unas gigantescas

pedras tapizadas de musgo se erigían como vigilantes silenciosos. Estaban frente a la entrada de la gruta. Los árboles que crecían cerca a esas rocas confirmaron el dato.

Emocionados por el feliz hallazgo, el grupo explorador ingresó a la misteriosa caverna. Una vez adentro se movieron con dificultad y cautela porque las estalactitas habían crecido demasiado y



casi llegaban hasta el piso; además, el suelo también estaba sembrado de estalagmitas. El maestro iba adelante alumbrando el camino con una poderosa lámpara de pilas cuando se escuchó un ruido parecido al de un aeroplano. El sonido se hizo intenso y de pronto una nube de murciélagos pasó por encima de sus cabezas. Los chicos se asustaron y rodaron por el piso cayendo en una grieta que tenía forma de alcantarilla. Descendieron como alud de nieve y aterrizaron en un pozo de barro gelatinoso caliente. Después de varios esfuerzos consiguieron ponerse a salvo en una de las orillas de la charca. Allí encontraron, sobre una colcha de musgo, al niño indígena. Estaba inconsciente y tenía una herida en la frente y otra en su pierna derecha. Al parecer, el muchacho había ingresado a la caverna y también se había asustado con los murciélagos. Sin pérdida de tiempo, el profesor sacó del morral una caja de primeros auxilios y curó la heridas del enfermo. Los animales ayudaron trozando con sus dientes los musgos que aprisionaban al niño. El maestro frotó la frente del chiquillo con alcohol y le dio a oler el líquido. El muchacho reaccionó y despertó. Como no hablaba el idio-

